

- una novela corta de fantasía -

# SALTO



DAVID OLIVÁN  
MALAGÓN

# **SALTO**

David Oliván Malagón

Primera edición: abril de 2022

Copyright © 2022 David Oliván Malagón

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes y eventos de este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no intencionado por parte del autor.

Visita [www.DavidOlivanM.com](http://www.DavidOlivanM.com)

Para aquellos que, inquietos e inquietas,  
buscan su lugar en el mundo



# SALTO

Tres años. El momento había llegado y había pasado. Tres años enteros planeando, diseñando, cuidadosamente involucrando a aquellos que eran afines a la causa. Los despojos. Los débiles. Los que quedan atrás, olvidados, dejados de lado o rotos. Especialmente los rotos. Hombres y mujeres que, a pesar del incesante martilleo de los tambores de guerra, no valían para ella. Todas esas personas que solamente esperan a que llegue la época de cosecha.

Kalaziel llevaba tres años buscándolos, encontrándolos, trayéndolos al punto de lanzamiento. Lo había hecho a escondidas, en las sombras. Peor que la apatía y la dejadez era la rebeldía a vista de todos, intolerable a los ojos de los dioses. Esos tres años pequeñas tribus habían mirado el horizonte de Aipra con

miedo. Con la duda de si serían localizados. Con las ganas de escapar. Con la dureza que es necesaria para evitar albergar un ápice de esperanza.

Porque la esperanza para la vida de los rotos, los abandonados, los despojos no es otra cosa que una tortura. Como la gota de agua que cae en los labios del que muere de sed. No hace más que alargar lo inevitable. Pero Kalaziel no era uno de los rotos. Ya no. Y por eso la esperanza era todo lo que lo mantenía en pie cuando lenguas de fuego caían sobre su gente y él. La esperanza lo mantenía en pie cuando el suelo mismo temblaba y amenazaba con tragárselo.

Una parte de él no terminaba de creerse que hubiera llegado el día. Seguía pensando que aquello no podía estar pasando. Que tenían que haberle atrapado, descubierto, expuesto como el fraude que había sido aquellos últimos años, alzando su bastón con furia mientras por dentro su alma moría lentamente cada vez que pensaba en la cosecha. ¿Era hipócrita el pretender ser uno más de los fieles cuando, de no hacerlo, habrían acabado con él? Estos tres últimos años había intentado reunir a sus rotos con el mismo ardor fanático con el que había entrenado para combatir en su juventud.

Durante tantas batallas jamás había sentido tanto miedo como el día que le sobrevino el pensamiento repentino de que el resto de su vida iba a ser así. Había tenido pesadillas durante meses. Pesadillas en las que seguía mejorando, volviéndose más poderoso, combatiendo y venciendo. De joven le habría parecido algo glorioso. En aquel momento las pesadillas le habían

hecho levantarse a la mañana siguiente tembloroso y agitado. Envejecer, combatiendo siempre. Después de tantos meses de pesadillas había llegado a pensar que solamente había dos salidas, una fácil y la otra extremadamente complicada, difícil y dura. Había elegido la segunda.

Tres. Años. La lentitud de cada día, el miedo de ser descubierto, el millar de maquinaciones, siempre al borde del desastre, siempre exitosas, como un riachuelo que está a punto de secarse, pero se estira, desliza, trepa hacia abajo hasta que se convierte en una hebra más de agua en el mar. Tres años que habían quedado atrás, a sus espaldas. Y Kalaziel estaba donde tenía que estar. El valle donde se iban a encontrar a sus pies. Y una docena de pequeñas carpas moteaban el paisaje, añadiendo desgarrones de color al marrón rojizo de la vegetación.

Sin comprobarlo sabía que aquellos de su clan con los que había hablado, los pocos con los que se había atrevido, estaban allí. Eran los mejores de su generación, los que deberían haber dominado el campo de batalla, combatido hasta destruir por completo a sus enemigos. Entre ellos estaría Devs, su mejor amigo, mano derecha, y el único que no había dudado de Kalaziel, de sus intenciones, simplemente había asentido cuando éste había presentado su plan, y se había puesto a trabajar en él.

Y ahora que todos estaban allí, esperaba que todos estuvieran allí, tenían que ponerse en marcha. Seguir el plan, la huida, el éxodo. Pelear una vez más para no volver a pelear más. Era, en parte, irónico, pero también

inevitable. ¿Cómo iban a escapar de su situación sino peleando? Era lo único que sabían hacer, y lo único que él no quería volver a hacer. Se preguntó a sí mismo si su esperanza estaba justificada, si realmente habrían llegado todos, si ninguno se habría quedado por el camino, o habría cambiado de parecer.

Cuando las dudas empezaron a desbordarle, Kalaziel cerró los ojos y clavó su bastón en el suelo. Gracias a una formulación su percepción se expandió más allá de sí mismo. Como una flor que se abre, el valle se abrió ante sus ojos, una pincelada de vibrante energía marcando el latido de cada persona en el mismo. Todos. Habían venido todos. La esperanza se hinchó y cogió fuerzas dentro suyo. Él solo no podría. Nunca podría. Pero con los abandonados, los rotos, tenía una oportunidad. Una pequeña, insignificante oportunidad. Pero, aun así, una oportunidad.

Kalaziel se reprendió a sí mismo al darse cuenta de la palabra que había usado, aun en su mente, para referirse a los que pronto serían su gente. Rotos no. Ese era el nombre que utilizaban los dioses. Habían pasado toda una vida sirviéndoles. Cada hora de su vida, de esa vida, retorció sus pensamientos y su alma misma. Cada vida antes de ellos. Cada antepasado, cada miembro del clan. Pero los que estaban allí, en el valle, no eran rotos, eran libres. Esa libertad, bajo la mirada de los dioses, se parecía más a una condena a muerte, si eran descubiertos. Una muerte lenta, eso sí, pues era posible que los dioses tardasen en identificarlos. Por eso lo que iban a hacer seguía siendo arriesgado. Conseguir la verdadera libertad

o acelerar su muerte. Ambas opciones le habían parecido bien a Kalaziel cuando empezó, a escondidas, a contarle a la gente su plan. Tres años atrás.

Es hora de ponerse en marcha. Se dijo a sí mismo, rozando la tela de su túnica, sintiendo los años de energía acumulada en ella, notando la palpitación del Río, justo en el límite de su percepción. Levantó su bastón de donde lo había clavado en el suelo e inició su camino. Tras unos cuantos pasos se pasó el bastón a la mano izquierda y rozó con sus dedos el brazalete que llevaba en esa muñeca. Con un destello el bastón se replegó y la gema central del brazalete brilló intensamente para luego apagarse. Durante más de diez minutos todo permaneció en silencio. Luego, empezaron los susurros.

Las primeras personas que le vieron bajando al valle se pusieron de pie, aquellos que aún tenían sus miembros bajo control. La mayor parte de ellos. Algunos levantaron una mano para saludarle, otros inclinaron la cabeza. Los menos simplemente se giraron en su dirección, con miedo en la mirada, pero también con determinación.

Nadie le dijo nada, ni se acercó más de unos pasos. No se intercambiaron palabras entre ellos, aunque entre la multitud varios susurros se movieron como pequeñas serpientes reptando entre las rocas. No hubo ninguna palabra de ánimo, ni de saludo. No era necesario. Kalaziel empezó a canturrear los puntos de contacto de la formulación. Sus rotos. Sus libres se corrigió, le siguieron, cada uno uniéndose en el punto de contacto que habían estudiado. Tres años de estudio. Tres años de silencioso ensayo, en los ratos muertos, en los espacios

entre las horas cuando la mirada de aquellos que aún servían a los dioses se dilataba y perdía definición, y nadie les vigilaba. En unos momentos, tantos lenguajes como personas llenaron el aire.

Poco a poco, con cada estrofa, con cada instrucción, caminaron, siguiéndole. Entre la multitud vio a las caras más conocidas, aunque conocía a todos. Devs le guiñó un ojo y se situó a su misma altura, a la distancia de un brazo extendido. Él era el primero de la procesión, pero también era uno más.

Cuando Kalaziel llegó a la entrada del valle, donde se abría a la costa, todas las voces de los libres del valle cantaban, murmuraban o movían sus labios en el trance del Tejido. La formulación tomó forma. La energía eran tanta que Kalaziel estuvo seguro, durante unos instantes, de que iba a desbordar su control, sus instrucciones, y quemarlos a todos. Pero su fuerza de voluntad nunca había estado tan condensada, su mente tan concentrada que cortó las distracciones, los pensamientos furtivos, las constantes dudas. Tan solo la formulación quedó detrás.

Era hora de ver si el plan iba a funcionar. Era hora de ver si merecería la pena, si funcionase.

Kalaziel dio un paso, que fue más salto que paso, y en un parpadeo habían viajado más de diez kilómetros a lo largo de la costa. El segundo paso los situó junto al estuario del río Emswich. El tercero pareció lanzarlos cientos de kilómetros al sur y, de repente, allí estaban. Las diez torres de piedra blanca se alzaban como los guardianes silenciosos, brillando en la luz de los tres soles, cada una con una forma y aspecto, iluminadas

desde dentro y desde la propia superficie de la piedra y el cristal resplandeciente que eran los materiales principales de los que estaban formadas. Diez torres que rodeaban uno de los Círculos. No eran las únicas que había, pues varios de los Círculos tenían similares guardianes. No obstante, estas torres se hallaban en lo que era, a efectos prácticos, una de las zonas más protegidas de Aipra.

Si todo iba bien, si todo funcionaba, no les haría falta entrar. La nueva formulación sería suficiente. Pero no podían ocultarse y estaban lo suficientemente cerca como para ser detectados. Y si podían ser detectados, podían ser atacados. Y si conseguían defenderse, eso quería decir que los dioses se enterarían, más pronto o más tarde, pero en algún momento. Era hora de ver si el plan iba a funcionar.

El Tejido empezó a cambiar con los nuevos desarrollos de la formulación y Kalaziel pudo sentir las nuevas partes deslizándose bajo su control. Un enorme globo de energía cubrió al grupo, justo a tiempo, pues media docena de lenguas de fuego partieron de las torres más cercanas y lamieron el suelo a su alrededor, quemando hasta la tierra misma, ennegreciendo la roca, la arena y el sustrato bajo sus pies.

Una lágrima asomó a sus ojos mientras levantaba una mano para contestar. Un haz de luz salió disparado de sus dedos al formular la parte ofensiva del Tejido que había diseñado estos últimos tres años. La mitad superior de una de las torres desapareció en una explosión que lanzó trozos de roca por los aires. Casi nada podía afectar a la roca Formada, pero la energía del Río era una de las

excepciones y, como si nada, podía destruir aquello que había sido construido para proteger.

El Círculo pasó a modo defensivo tras el segundo haz de luz que Kalaziel consiguió lanzar contra otra de las torres, apuntando bajo, amenazante. Fue recompensando con un efecto incluso más severo, reventando la base de la misma y lanzando la parte de arriba contra la torre más cercana, que se inclinó, pero no cayó. Una especie de tregua se desarrolló en la meseta, dos globos de luz cambiante, ambas formulaciones en eterna vigía, observándose, modulando el tipo de defensa y la densidad de la misma, ondulando mientras Kalaziel y sus libres vigilaban las torres para prevenir más ataques. Tenían algo de tiempo. No mucho. Esperaba que suficiente.

Al fin y al cabo, establecida la amenaza, lo más difícil comenzaba entonces.

Tras el primer encontronazo, cuando el grupo de Kalaziel llegó a la zona, los guardias de las torres habían intentado asaltar su posición tres veces. Tres tácticas diferentes, tres tácticas conocidas, esperadas. Fuerza bruta, sutileza, incluso un ataque por tierra, acercándose hasta que casi pudieron verse las caras con claridad antes de desatar una tormenta de fuego y electricidad. Todos los asaltantes cayeron o se retiraron, las tres veces.

De los suyos, una docena cayeron ante los asaltos y otros tantos se quemaron por el exceso de energía, atrapados dentro de su cuerpo y condenados a morir

inmóviles y aislados. Hasta la fecha ninguna magia había conseguido restaurar el daño causado por el exceso de energía y por eso Kalaziel y los suyos ni siquiera lo intentaron. La mayor parte de los tejedores, sobre todo aquellos que habían combatido, vestían las secuelas de ese abuso, en temblores de las manos, los dedos, vaivenes inquietos o músculos de la cara paralizados.

Ahora quedaban menos que los que habían empezado horas antes. Aun así, eran suficientes. Incluso si los guardianes hubiesen avisado a los dioses en el mismo momento en el que Kalaziel y sus libres aparecieron, aún tenían tiempo. O eso pensaba él. Esperaba. Deseaba.

–Hemos superado el primer obstáculo –dijo Devs con una sonrisa–. Ahora solamente quedan el resto.

Kalaziel asintió, concentrado en coordinar las diferentes partes del Tejido.

–Ese es el camino para nuestra libertad. –Devs señaló el Círculo–. Para bien o para mal.

–Para tomar nuestras propias decisiones –contestó Kalaziel–. Para bien o para mal.

Devs le dio un par de golpecitos en el hombro y un apretón. Luego volvió a su puesto dentro del grupo, retomando su labor mientras Kalaziel continuaba haciendo malabares, asistiendo allí dónde era necesitado. A su alrededor las diferentes partes del grupo siguieron trabajando, manteniendo las formulaciones de protección, ocasionalmente lanzando ataques contra las protecciones de las torres, las que quedaban en pie. Kalaziel y diez veces diez de sus libres continuaron su trabajo, el más importante, el más difícil. Ampliar el

rango de algo que no se consideraba ampliable. Los puntos de viaje estaban establecidos. Eran inmutables, conocidos y fáciles de encontrar, si sabías lo que estabas buscando. Por eso era imposible escapar de Aipra. Los puntos de viaje estaban vigilados e incluso aunque pudiesen derribar el resto de las torres blancas, el propio Círculo se resistiría durante una docena de horas a ser manipulado, abierto, conectado.

Así que Kalaziel había llegado a la única conclusión lógica. Tenía que averiguar cómo conectar con los puntos de viaje desde más allá de lo que se considerase posible, más allá de las protecciones, de los Tejidos defensivos. Así, no haría falta enfrentarse a estos. Y perder. No era una cuestión de que los puntos estuviesen tan defendidos que fuera imposible conquistarlos. Era una cuestión de tiempo, tan precioso, tan escaso. Tiempo era lo que necesitaban y lo que menos tenían. Si hubiese dependido de Kalaziel habría alargado su vigía otros tres años más, pero no era posible. La cosecha se acercaba. Los Círculos estaban lo suficientemente protegidos como para que no fuese posible conquistarlos antes de que llegase alguno de los dioses.

Solo de pensar en ellos se le pusieron los pelos de punta, como si pudiesen saber que estaba considerándolos, dejando que su mente examinase la misma idea de su existencia.

Se concentró de nuevo en la tarea, desterrando el resto de pensamientos de su mente, absolutamente anclado en el presente, en cada instrucción de la formulación, cada manipulación de energía. Un escalofrío subió por sus

brazos, como demandando algo que era suyo y Kalaziel abrió las puertas dentro de sí, la energía del Río fluyendo. Más allá de su visión, de lo que sus ojos físicos podían contemplar, pudo ver el Tejido, la combinación de los pensamientos, en parte sistema y en parte arte, dirigiendo la energía, dándole forma. Sus pensamientos y los de aquellos libres que estaban trabajando con él en esa formulación específica. Los más fuertes. Los más valientes. Los que más ganas tenían de dejar de luchar y estaban dispuestos a arriesgarlo todo por una oportunidad, solamente una, de paz.

Un estruendo resonó por toda la meseta, como si unas manos gigantescas hubiesen dado una palmada. Kalaziel sintió como que su cuerpo se iba, meciéndose en una dulce corriente. Se sintió como si todo lo que le atase a ese lugar, ese punto, fuese un pequeño hilo sujeto por las puntas de sus dedos. Conocía esa sensación, todos ellos la conocían.

– ¡Ha funcionado! – gritó Kalaziel tan fuerte como pudo y Devs sonrió desde unos pasos más allá, inclinando la cabeza en señal de respeto–. Ha funcionado...

A su alrededor, sus libres se hicieron eco de lo que había dicho, repitiendo las noticias. Rápidamente, los rangos externos se replegaron sobre sí mismos, cediendo las posiciones y preparándose para unirse a su formulación. Se movieron con disciplina y precisión y Kalaziel no pudo evitar pensar que eran buenos soldados. Torció la boca con disgusto y se obligó a detener esa línea de pensamiento, recriminándose a sí mismo ese fallo. No

eran soldados. No eran rotos. Eran libres. Solamente libres.

Tímidamente, abrió sus dedos uno a uno, la imagen mental de los mismos abriéndose con el gesto físico, ligeramente desfasada. El pequeño hilo que lo mantenía en su sitio se escapó y empezó a flotar, dejándose llevar por la corriente, cada vez más fuerte. Sus ojos físicos dejaron de ver. Su piel dejó de sentir. Sus oídos dejaron de oír. Pero tenía otros sentidos de los que valerse, sentidos entrenados durante años, que nunca le habían fallado.

Kalaziel y sus libres flotaron, arrastrados por la corriente, alejándose de Aipra, en dirección a la libertad, o eso pensó en un primer momento. Las aguas los arrastraron acunándolos, sacudiéndolos, llenándolos de la familiaridad de su energía, de la enormidad de su espíritu. Pero había algo turbio en esas aguas, algo que las hacía moverse de manera errática, manipulando la corriente, redirigiendo su tránsito. Era como si su cuerpo fuese arrastrado en una dirección al mismo tiempo que esas mismas aguas, esa misma corriente, intentaba arrastrar sus miembros en direcciones diferentes. Era algo malvado. Insidioso. Había algo allí, con ellos, en el lecho del Río y no sabía lo que era. Deseó poder parase, hablar con Devs, con el resto de su gente, hacer brillar una luz sobre esa cosa.

La corriente se aceleró, separándolos, juntándolos, intentando llevarlos en una dirección en la que no querían ir.

Si su boca hubiese funcionado, Kalaziel hubiera gritado. Si sus brazos se hubiesen podido mover, los

habría lanzado contra las aguas y habría intentado agarrar aquello que las habitaba, que les bloqueaba el paso, y sacarlo a la luz. Como esas opciones le estaban vedadas, hizo lo único que se le ocurrió. Lanzó su mente en todas direcciones, empujando a su grupo, a sus libres, en mil direcciones. Confío en vosotros. Pensó. Y luego se dejó llevar. Un latido, dos, tres. Es a mí a quien quieres. Gritó mentalmente mientras se dejaba llevar por el Río, haciendo pequeños ajustes, alterando la errática ruta que lo que hubiese bajo las aguas había impreso a la corriente.

Y cuando le pareció que la entidad le seguía, que estaba a punto de controlar su tránsito... saltó.

Y su salto le llevó varios metros por encima de un árbol nevado. Apenas tuvo tiempo de ralentizar su caída con una sencilla, aunque eficiente, formulación, mucho menos poderosa ahora que estaba solo, antes de que las ramas azotasen su cara y sus brazos, desgarrasen su ropa y, afortunadamente, frenasen lo que, de otra manera, habría sido una caída mortal. O, al menos, una caída en la que habría sufrido varias lesiones, las cuales no habría tenido tiempo, recursos ni energía para tratar. No se las podía permitir.

Igual que no se podía permitir pensar en el hecho de que sus libres estaban dispersados por mil sitios. No sabía si en grandes o pequeños grupos, en parejas, tríos o solos, como estaba él. Consideró el espacio en el que se encontraba, la posibilidad de descansar, dejar ir la tensión que sentía en cada ápice de su cuerpo. Una sensación de peligro que no pudo explicar le hizo empezar a levantarse, echar a andar. La nieve le llegaba por las

rodillas. El frío le hizo tiritar. Se dijo a sí mismo que era solamente frío. El no reconocer el horizonte, o el recuerdo del accidentado tránsito por el Río no tenían nada que ver.

Había dado una docena de pasos cuando se acordó de su bastón. No estaba bien. No razonaba bien. Necesitaba centrarse. Pasó dos dedos por su brazaletes, un gesto innecesario pero útil. La formulación vino a su mente como si se tratase de la voz de un viejo amigo, fácil de recordar a pesar del tiempo por las miles de veces que se ha escuchado.

El brazaletes brilló una, dos veces y la tercera vez el brillo se mantuvo, estirándose casi un metro en cada dirección. Con una floritura de la muñeca, Kalaziel atrapó al vuelo su bastón y lo clavó en la nieve, ayudándose con él para impulsar su siguiente paso. Y el siguiente, y el de después.

No sabía dónde estaba, pero no era Zemye. Aún no. Eso quería decir que tenía que seguir en movimiento. Tenía que seguir avanzando. En Zemye los dioses no te podían alcanzar, pero si no estaba en Zemye, estaba en peligro. Así que el frío siguió mordiendo sus piernas con cada paso.

Se preguntó cómo era posible no haber aparecido en un Círculo y miró a su alrededor, escaneando el horizonte. No se veían torres por ningún lado. Nada. Eso no quería decir que no hubiera un Círculo, simplemente que no era uno que diese mucho acceso, o permitiese el tránsito típico. Demasiadas incógnitas y demasiado poco tiempo. ¿Le podrían seguir hasta allí? Todo parecía ser posible. Siguió andando, sin propósito, sin ningún objetivo, tan

sólo estar en movimiento, alejarse de la zona donde había aparecido. Desplazarse sin ninguna dirección.

Y su mente consideró las opciones. Volver atrás, intentar trazar de nuevo el camino que debían haber hecho el resto de su gente. Ninguna garantía. Peligro, peligro por todas partes. ¿Su otra opción? Confiar en su gente. Sus rotos y abandonados, destinados a ser consumidos, dados como tributo. Sus libres que no querían luchar más. Pero lucharían por su libertad. Eso lo sabía, lo creía en sus huesos, lo conocía como uno de los cristales rojos de Aipra. Sabiendo eso, solamente una opción era posible. Seguir adelante.

Llegar a Zemye. Allí, los dioses no les podrían tocar. Allí estarían a salvo. ¿Cuántos llegarían allí vivos, enteros? Kalaziel esperaba que su treta durante el tránsito hubiese dirigido la atención hacia él mismo. Y esperaba que eso mejorase las posibilidades de los suyos, aunque eso querría decir que las suyas propias habrían empeorado.

–Siempre hacia delante –se dijo a sí mismo en voz alta–. Y que el Río guarde a los que se crucen en mi camino.

Había conseguido encontrar un refugio para la noche, una pequeña grieta en el terreno donde el viento parecía no ser capaz de soplar. A pesar de que no se había esperado, ni se había preparado para un viaje largo o una situación de supervivencia por su cuenta, se las había apañado para encender un diminuto fuego que apenas

daba de sí para calentarle un poco y derretir algo de nieve que beber. Kalaziel había usado sus últimas fuerzas para secar la madera y hacer que ardiese, aunque había acabado de rodillas soplando para conseguirlo, tras notar las agujas de fuego en la punta de sus dedos que marcaban ese límite de energía en el que un tejedor podía sufrir daños.

Por la mañana buscaría algo que comer. Seguiría su camino. Necesitaba orientarse, y eso pasaba por determinar dónde estaba el Círculo más cercano. Todos los tránsitos debían acabar en un Círculo. O eso había creído hasta entonces. El hecho de que hubiese andado horas sin encontrar ninguno era preocupante, pero averiguar por qué había sucedido debería esperar a otro día. En otro tiempo habría sido una posibilidad fascinante. En aquel momento era, simplemente, un dato que guardó en su memoria sin apenas detenerse a analizarlo.

Kalaziel pensó en calentarse mágicamente, pero aún no estaba seguro de haberse recuperado del esfuerzo del día anterior y decidió no intentarlo siquiera. Bien era cierto que podía haber utilizado su bastón o las reservas construidas y escondidas en sus ropajes, pero eso era para una emergencia. Y, dada su situación, el frío no parecía serlo. Entraría en calor caminando.

Durante las siguientes horas el paisaje se fue suavizando, la nieve desapareció y, de repente, Kalaziel se encontró en una meseta donde el frío no se notaba tanto. El cambio de la topografía fue tan súbito, y tan poco natural, que supo que no estaba sólo en aquel sitio.

Esperaba que fuese algún asentamiento, o quizás una de las temporales ciudades de los clanes. Con un poco de suerte no sería reconocido.

No tuvo que caminar mucho para empezar a ver los signos, inequívocos, de que estaba en territorio hostil, si las noticias habían viajado más rápido que él. Enormes trozos de piedra blanca crecían del suelo como si fuesen árboles, imitándolos, parodiándolos. Desafortunadamente, varios de los dioses tenían costumbres similares, retorciendo la naturaleza y llamándolo arte. Era imposible saber cuál de ellos reinaba por allí. Eso suponía un problema.

Kalaziel podía encontrarse en un lugar con dioses que no se preocupasen mucho de él o que, por el contrario, tuviesen el impulso de cazarlo y humillarlo públicamente. Pero necesitaba comida, necesitaba refugio y necesitaba direcciones. Se preguntó cuánto podría arriesgarse, cuándo podría estirar su suerte hasta que esta se rompiese como un trozo de tela vieja y secada por el sol. Solamente había una manera de averiguarlo. Seguir adelante.

Su camino le llevó hasta lo que parecía una esfera de piedra que un gigante hubiese lanzado contra el suelo, enterrando la mitad de ella. Estaba partida por la mitad, y de un lado a otro, docenas de puentes de cuerda, madera y piedra cruzaban el espacio. En la entrada a la grieta colgaban varias largas tiras de lo que parecía, a simple vista, tela. Eran de un color rojo sangre, oscuro y profundo. Uno parecía perderse en los matices de la tonalidad, con el juego de sombras de los puentes

balanceándose y los rayos del sol queriendo iluminar la zona a través de los picos de las montañas cercanas.

Era uno de los símbolos más temidos en la Constelación. Uno de los pocos símbolos que eran respetados allá donde apareciese. Un símbolo que no presagiaba nada bueno. Y lo había visto demasiado tarde.

–El Río es generoso hoy –dijo una voz cerca suyo, demasiado cerca.

Kalaziel se giró de golpe, levantando su bastón en posición defensiva.

–Solamente soy el mensajero, no estoy aquí para hacerte daño.

El hombre enfrente suyo llevaba una túnica corta del mismo color de las tiras que colgaban de la estructura. Su piel estaba oscurecida y quemada por el sol, tan sólo las cicatrices de heridas pasadas rompían la uniformidad de su color. A pesar del frío, iba descalzo, y sin ninguna otra prenda aparte de la túnica. A sus pies tenía una cesta de mimbre tejido que había visto mejores días.

–¿Y qué mensaje me traes? –preguntó Kalaziel, bajando el bastón un poco. Solamente un poco.

–Traigo una ofrenda, comida y bebida, el Río sabe que estarás cansado–. Tras una pequeña pausa el hombre se encogió de hombros–. Eso no es todo.

–Obviamente.

–Cuando acaben los ritos apropiados, empezará la cacería. Esa es la segunda parte del mensaje. Cuando amanezca mañana saldrán los primeros, en orden jerárquico.

Kalaziel simplemente asintió, sintiéndose más cansado por momentos.

–Por supuesto, todo se dispondrá según la ley Astral y–

–Y por eso te han enviado a ti de mensajero –dijo Kalaziel.

–Hay que respetar las tradiciones. Buena suerte.

Tuvo ganas de reírse, de llorar, de lanzarle un rayo al maldito mensajero. Con los dioses seguramente detrás de su pista ahora debía enfrentarse a aquello. Fanáticos. Nunca le habían gustado, ni siquiera cuando había sido joven, insensato y se había creído las mentiras de los dioses. Ni siquiera entonces habría combatido junto a ellos.

El lado positivo era que si habían invocado la ley Astral para una cacería tenía cierto margen de maniobra. A pesar de todo lo malo que tenía el código de los dioses, ciertas formas debían ser observadas, y el saber cuáles eran los tiempos suponría una ventaja. Una oportunidad. No sólo eso, sino que quería decir que, si los dioses iban detrás de él, no habían mandado órdenes de antemano. O eso o los fanáticos estaban tan centrados en sus juegos, desenfrenos y cacerías que aún no se habían enterado de su pequeña revolución.

Años de marchar le habían dotado de buenas piernas, mejores capacidades y la extremadamente útil capacidad de caminar, beber y comer sin perder el ritmo. Así que Kalaziel guardó su bastón en su brazalete, se colgó la cesta del pliegue del codo y tomó un nuevo rumbo, adentrándose en la meseta de manera perpendicular al

camino que había hecho aquella mañana, dejando a su derecha la fortaleza de los fanáticos, poniendo el sol a sus espaldas y utilizando un reguero de su poder para purgar todo lo que pudo del cansancio que notaba pesado en sus huesos y sus músculos. En ningún momento las agujas de fuego que marcaban el agotamiento mágico amenazaron con robarle el control sobre su propio cuerpo y eso alivió un poco el cansancio emocional.

Solamente un poco.

Llega un punto en que el alma está tan castigada que una herida más no se nota. Cuando uno se desangra por veinte cortes el vigésimo primero pasa desapercibido. De todas las contingencias y de todas las maneras que Kalaziel había considerado que su atrevido plan podía verse frustrado, acabar aislado en solitario en una zona hostil, tras conseguir entrar en un tránsito, no respondía ni siquiera a sus peores pesadillas.

Su huida se había visto frustrada. Su gente, sus libres, habían quedado esparcidos por toda la Constelación. Él había naufragado en uno de los peores sitios en los que podía haber caído. Ni siquiera sabía cómo estaba Devs. Su revolución parecía, a todos los efectos, un fracaso estrepitoso.

¿Qué importa un poco más de adversidad? Se preguntó, perdiendo el control de su boca, que se torció en una sonrisa resignada.

Así que caminó. Durante toda la tarde. Cuando el sol se ocultó y el viento nocturno hizo descender la temperatura, caminó más rápido, hasta que entró en calor. De manera natural, casi inconsciente, sus pies no

siguieron un camino recto, sino que torció y giró sobre sí mismo, atravesando pequeños riachuelos cuando se presentó la oportunidad, utilizando zonas rocosas para volver atrás y salir de las mismas en una dirección completamente diferente.

Hizo todo lo que pudo para confundir su camino, y, tras esa última formulación para quitarse el cansancio al principio de su caminata, tuvo precaución de no usar magia en ningún momento. No evitaría que lo encontrasen. Pero sí que le daría algo de tiempo.

Cuando vio los primeros rayos de sol buscó un lugar ventajoso, algo retirado y con ciertos rasgos defensivos, recovecos, zonas de acceso escarpadas y dificultad para establecer líneas de visión rectas. La boca de una pequeña cueva cumplía todas las cualidades, aunque no fuese suficientemente grande como para entrar en ella. Kalaziel se sentó en el suelo, convocó de nuevo su bastón y lo apoyó sobre sus dos rodillas.

–No voy a caer aquí –dijo en voz alta, a nadie en particular.

Se quitó la capa y la dobló cuidadosamente, dejando en el interior del fardo los cristales laboriosamente Tejidos en la parte interior de la prenda. Esas reservas de poder necesitaría conservarlas para más adelante. De su cinturón descolgó la bolsita donde guardaba sus protecciones. Se puso tres anillos en cada mano, pulgar, meñique y corazón. Un segundo brazaletes lo fijó a su antebrazo izquierdo. Luego, las cadenas que unían brazaletes con anillos.

Eso tendría que bastar para mantenerse intacto. Era todo lo que había conseguido sacar de contrabando. Sacudió sus dedos delante suyo, notando el poder puro, abierto y en bruto en sus mismas puntas, fluyendo a su alrededor embravecido y calmado al mismo tiempo. Era apropiado que sus maestros siempre lo hubiesen asemejado a un río. Todas las personas que lo usaban sabían que esa era su verdadera naturaleza. ¿Serían sus aguas favorables para él?

Un chasquido de su mano izquierda y Kalaziel centró su mente, llamando una formulación que había usado incontables veces para localizar Círculos. Pudo notar el más cercano. A una semana andando, al ritmo que se había desplazado. Se preguntó cómo era posible haber acabado su tránsito tan lejos. No supo si el Círculo estaría protegido. Si sobrevivía, tendría que acercarse de manera cuidadosa. Si sobrevivía.

Respiró hondo y soltó el aire lentamente. Repasó mentalmente sus escudos. Sus ataques. Sus tácticas. Todo lo que sabía sobre la manera de combatir de los fanáticos del dios rojo. Nadie pensaba siquiera en su nombre. Poco a poco un plan, una estrategia, fue tomando forma. Kalaziel siguió dándole vueltas, torciéndola en esta o aquella dirección, pensando alternativas, posibles ramificaciones, mientras tanto, el sol continuó su ascenso inexorable hasta que casi se situó encima de su cabeza.

Los primeros fanáticos llegaron acompañados de largas plumas de humo, manos y ojos encendidos con

llamaradas que iluminaron cada recoveco de la entrada a la pequeña cueva donde Kalaziel esperaba sentado.

El primer asalto duró más bien poco. Fieles a la ley Astral, los primeros cazadores que alcanzaron a Kalaziel eran los más débiles del grupo y él salió completamente ileso del combate.

Se habían acercado en pequeños grupos, aunque lo suficientemente cerca, gracias a la posición ventajosa de Kalaziel, como para distraerles con una ilusión de una enorme llamarada de fuego que les hizo lanzar un escudo apropiado. Aprovechó eso para atacarles de manera física, agarrando un puñado de pequeñas piedrecitas y acelerándolas todo lo que pudo, atravesando a tres de sus atacantes y haciéndoles caer al suelo, convertidos en jirones humanos.

Ni siquiera utilizó demasiada energía. Las agujas de fuego no rozaron sus dedos mientras lanzaba repetidas llamaradas contra el segundo grupo, más numeroso. Esa vez lanzó llamaradas de verdad mezcladas con las ilusorias y dos de los integrantes del grupo no se protegieron a tiempo. Los otros dos acabaron en una posición defensiva que le brindó la oportunidad de dejar caer un rayo curvado, arqueándolo fuera del campo de visión de los fanáticos.

Los que quedaban del grupo de atacantes intentaron reagruparse y Kalaziel lanzó un destello de intensa luz que los obligó a cubrirse los ojos. Cuando los abrieron

había acortado la distancia y con un gesto de su bastón activó una de las dos formulaciones engastadas en la misma esencia del cristal que formaba su núcleo. Con un estallido el aire se curvó alrededor de la punta del bastón que el mago apuntó en dirección a los fanáticos.

La compresión se expandió como la onda que deja una piedra en la superficie de un estanque, ondulando la visión misma entre él y sus agresores, presionando el aire y aplastando, como si de una pared de roca se tratase, todo aquello que se cruzó en su camino, incluyendo los cinco fanáticos que quedaban vivos.

¿Cómo describir la sensación de poder que inundó a Kalaziel en aquel momento? La fiebre de batalla, la sed de sangre, el sentirse más que humano. Todo lo que odiaba de sí mismo, todo lo que había intentado dejar atrás. La imagen, sus pesadillas de años, de vivir matando, envejecer con regueros de sangre en las manos casi le hizo caer de rodillas. No se dejó permanecer en esos pensamientos durante un instante más.

–Mato para defender mi vida –dijo en voz alta, su mantra durante esos tres últimos años–. Mato para proteger a aquellos que son míos, mi gente. No. Lo. Disfrutaré.

Solamente decir esas palabras en alto era un desafío, una perturbación de la tan celebrada Constelación. Las palabras de los dioses, mato por su gloria, corrompidas y retorcidas hasta suponer una amenaza inevitable, imposible de ignorar.

Kalaziel se obligó a mirar a su alrededor, fijarse en todos los detalles de la destrucción que había causado, los

miembros retorcidos, carnes quemadas, los restos difícilmente identificables de aquellos que no habrían pensado dos veces en arrebatarle su vida. Y vomitó, arqueándose y apoyándose como pudo sobre su bastón, manchando la tierra ennegrecida a sus pies. Cuando terminó, se limpió la comisura de la boca con una sonrisa.

Era posible que tuviese que matar, y seguir matando a aquellos que intentasen impedir su camino, al menos hasta que llegase a Zemye. Pero no lo iba a disfrutar. Nunca más. Nunca.

Vendrían tras de él. Durante días. Pero había conseguido algo de tiempo, una pequeña ventaja. Los siguientes que viniesen irían más despacio, con más cuidado, acechando lo que ahora sabían que era una presa peligrosa. También serían mejores, más fuertes, más expertos. Pero, si habían respetado la ley, aún no habrían salido. Las ceremonias eran más largas para los que tenían mayor estatus y peso social. Era algo de margen para salir de allí.

Recogió sus cosas y se puso en camino, viajando de la misma manera que lo había hecho hasta la cueva, doblando por ahí, deshaciendo sus pasos en una zona rocosa, vadeando por allá un riachuelo. Si alguien hubiese podido marcar sus pasos en un mapa habría podido ver, a pesar de cierta cualidad errática de los mismos, que se encaminaban en una clara dirección. El Círculo. Kalaziel se preguntó si estaría protegido. Si los fanáticos contaban con ello para frenarlo o si, por el contrario, no era un punto de tránsito con muchas posibilidades, lo que podía querer decir que no hubiese protecciones.

Con escapar de aquel lugar le bastaría. Si el Círculo no conectaba a Zemye, seguiría viajando en solitario y buscando. Igual se reencontraría con alguno de sus libres. Igual ellos ya habían llegado.

Pasaron dos días, durante los cuales siguió caminando casi ininterrumpidamente. No se atrevió a parar durante la noche y descansar completamente. Quizás no le habrían encontrado o quizás estar demasiado tiempo en un mismo sitio atraería a sus perseguidores. Así que paraba durante una o dos horas, bebía un poco, masticaba algo y se echaba una breve siesta. Luego volvía a caminar. Paraba de nuevo. Reanudaba su marcha.

El descanso no era suficiente, pero era mejor que no descansar. El hambre era lo que más acusaba. La oscuridad de la noche, cuando caminaba de noche, no era tan cerrada como la de Aipra, y las lunas daban la suficiente luz como para poder apañárselas, con ayuda de su bastón, sin utilizar una formulación para iluminar su camino. Estuvo tentado. Pero no usar magia podía suponer otra ventaja, podía darle unos minutos, unas horas más antes de que lo encontrasen.

El tercer día que caminó sin ser alcanzado empezó a preocuparse. Se dijo que no era que buscase la batalla. Y, hasta cierto punto, sabía que era verdad. Los fanáticos del dios rojo eran lo suficientemente capaces como para encontrarle, tras tanto tiempo. O, por lo menos, para dar alguna señal de que le perseguían. Podía deberse a las tretas de Kalaziel para hacerles perder el rastro, pero sabía que no eran suficientes. Había creído que no eran suficientes.

Podía tratarse de un golpe de suerte, o podía ser que todo fuese parte del juego. Bien era sabido que los seguidores del dios rojo, el dios sin nombre, disfrutaban alargando las cacerías, mareando a sus presas hasta que estas se desesperaban y sólo entonces dando el golpe final. Era imposible saberlo. Así que empujó todos esos pensamientos a lo profundo de su mente y se centró en sus pasos. Ligero cambio de dirección. Caminar por el borde de una loma y subir por la parte difícil, más lento el ascenso, pero también más imprevisible. Caminar dando pequeños saltitos de roca en roca, deslizarse por una zona más arenosa que el resto mientras usaba su bastón para oscurecer su paso.

A pesar de todo su control mental, la noche del cuarto día que había viajado no paró en ningún momento, ni siquiera para descansar brevemente. Las sombras de la vegetación mecida por el viento, los cambios de la luz de las lunas entre las ramas, todo le hacía sobresaltarse. Le habría sido imposible dormir, ni siquiera las pequeñas siestas, más duermevela que sueño profundo, con las que había subsistido hasta entonces.

Cuando amaneció en su quinto día de viaje, los pies le dolían, y notaba algo húmedo en la planta de su pie izquierdo. No miró hacia abajo. No paró de caminar.

En la distancia, casi imperceptible, media docena de columnas rodeaban una pequeña zona elevada de tierra prensada, aplastada sobre sí misma y comprimida, en una colina rodeada de terreno anormalmente plano y regular. El Círculo. Y no había torres blancas, ni pendones de guerra, ni gritos y llamaradas siendo lanzadas en su

dirección. Así que no estaba protegido. No le llevaría a Zemye.

Kalaziel dio media docena de pasos antes de darse cuenta de que el suelo se hundía bajo sus pies. A lo que quiso reaccionar, estaba flotando varios metros por debajo de la superficie del agua, que se extendía alrededor suyo y a sus pies, sin rastro del fondo. Se le taponaron los oídos, tan sólo escuchaba el latido desbocado de su corazón, que parecía acelerarse por momentos.

–Mmm, te veo, Kalaziel –dijo una voz incorpórea.

Kalaziel abrió la boca y media docena de burbujas de aire se escaparon de entre sus labios.

–Es mejor que no te resistas. Tu... pequeña aventura ha sido muy interesante. Admirable. Pero se ha acabado.

No respondió. Siguió las burbujas con la mirada e intentó maniobrar, nadar en la misma dirección en la que estas subían.

–Mmm, curioso. Te resistes.

Kalaziel sintió como el agua se movía a su alrededor, agitándolo todo a su paso. En dos parpadeos parecía haberse hundido más si era posible, las aguas cerrándose por encima de su cabeza. Siguió nadando, trepando por el agua en dirección a lo que pensaba que era la superficie. Más burbujas. Barro, su visión oscurecida, notaba como sus pulmones le pedían, le exigían respirar. ¿Cómo hacerlo rodeado de agua? Agitó las manos y las lanzó enfrente suyo. Notó algo duro.

La punta de los dedos de su mano derecha rozó algo duro y eso le hizo pararse a pensar. Se preguntó de dónde había salido el agua. Cómo había acabado allí. Ante sus

ojos, sus manos flotaban delante suyo en el agua. Pero si los cerraba. Si no se dejaba guiar por su visión, las yemas de sus dedos le contaban una historia diferente. Una historia de piedrecitas, tierra y gravilla. Durante unos instantes su mente se debatió entre ambas realidades, el agua que oprimía sus pulmones, no dejándole respirar, sus manos que rozaban la tierra donde había caminado momentos atrás.

Kalaziel gritó en silencio, empujando sus manos contra ese suelo que no podía ver.

–Interesante... –dijo la voz incorpórea.

Y Kalaziel estaba de nuevo en la tierra, trastabillando mientras intentaba levantarse de la posición agachada, con las rodillas dobladas, que había tenido momentos antes. Se tropezó con su bastón, abandonado en el suelo y manoteó hasta agarrarlo. Cuando lo usó para levantarse sintió el mareo y el desconcierto de estar bajo el agua, de no poder respirar. Respirar. Intentó coger aire, pero no pudo y una violenta contracción de su diafragma le hizo doblarse sobre sí mismo, apoyando una mano en sus rodillas.

Abrió la boca y durante unos segundos vomitó un torrente de agua, limpia y dulce, y en el reflejo de esta vio el rostro gris de Caracal, esculpido en piedra, la perfecta simetría de sus rasgos, la naturalidad con la que las orejas se alargaban y retorcían, mezclándose con el corto pelo para subir a juntarse en la parte de arriba de la cara, enmarcándola. Supo que la diosa le había seguido desde Aipra y que estaba cerca, muy cerca.

Lo suficientemente cerca como para que sus ilusiones y juegos mentales le hubiesen hecho vomitar el agua que su mente había creído le impedía respirar.

Kalaziel guardó su bastón en el brazaletes y echó a correr. No se preocupó de cubrir su rastro, o de intentar romper la dirección en la que viajaba para dificultar que le siguiesen. Simplemente corrió, con el corazón desbocado, en línea recta, cada paso acercándolo más y más al Círculo.

Algo se estrelló enfrente suyo y la tierra misma salió volando por los aires, lanzando trozos de piedras casi pulverizadas y polvo por los aires. Consiguió cambiar la dirección en la que corría lo suficientemente rápido como para que ningún pedazo se estrellase contra él. Siguió corriendo. El Círculo estaba casi delante suyo, el terreno plano facilitando su carrera, pero también volviéndolo más vulnerable a los ataques. Corrió en diagonal, cambiando de dirección tras unos pocos segundos, cambiando de dirección de nuevo, esta vez algo antes.

La zona donde había estado un segundo antes estalló mientras Kalaziel corría en la nueva dirección que había adoptado.

Estaba a muy poca distancia del Círculo. Kalaziel se giró, levantando un escudo justo a tiempo para protegerse del siguiente ataque de Caracal. A través del humo, los escombros que volaban por los aires y los destellos de energía, la vio. Caminaba lenta pero inexorablemente en su dirección, las runas esculpidas en la roca que era su piel brillando intensamente. La tierra parecía abrirse a su paso, demasiado débil para frenarla.

Sólo había una forma de sobrevivir al encuentro. Solamente una manera de escapar.

Kalaziel se dio la vuelta, enfrentándose al Círculo, las columnas marcando sus límites meros recuerdos del pasado, construidas en un estilo que ya no estaba de moda, sus bases oscurecidas por la vegetación que había ido creciendo, sin nadie que la recortase. Cogió aire y estuvo a punto de que se le escapase la bocanada cuando otro enorme golpe se estrelló contra su escudo, cambiando en el último momento y casi, casi, cogiéndole por sorpresa. Pero pudo modular el escudo y evitar ser desintegrado por el ataque de la diosa.

Se encaró con ella y vio cómo levantaba los brazos de nuevo, las puntas de sus dedos de piedra deshaciéndose lentamente por el abuso de la energía del Río, por el exceso desenfrenado de magia que estaba desatando contra él. Sonrió con una seguridad que no sentía y se dejó caer hacia atrás, dejando ir su escudo y todas sus formulaciones al mismo tiempo que conectaba con el Río, dejándose llevar.

En un instante su cuerpo se sintió flotando, siendo arrastrado por la corriente, apenas una amarra sujetándolo en su sitio. Kalaziel abrió uno a uno esos imaginarios dedos que sujetaban el hilo y lo mantenían en su sitio y, sin preparación, ni destino en mente, ni ninguna formulación para navegar y dirigir su camino, se dejó ir.

La corriente se arremolinó a su alrededor, sacudiéndolo con el movimiento característico de un tránsito al que sí que estaba acostumbrado, a diferencia de la última vez, cuando había viajado con sus libros. Algo más allá, detrás suyo, pudo sentir como Caracal entraba en la corriente, su presencia como una enorme piedra que cae en un estanque causando olas que sobrepasan la orilla.

Kalaziel manoteó, entrando en pánico, intentando moverse más rápido, toda su voluntad centrada en estar lejos, lo más lejos posible. Se cerró sobre sí mismo, poniendo sus manos contra el pecho y recogiendo las rodillas. Como en un vistazo fugaz, recordó lo que había pasado cuando él y los suyos habían intentado escapar a Zemye, la presencia oscura en las aguas del Río, la huida precipitada. La salida, poco convencional, de la corriente, donde no debería haber podido salir.

Abrió los ojos, si es que tenía ojos en aquel lugar, y extendió su mente, usando su voluntad para tirar de sí mismo, intentando salir de la corriente antes de que ésta le depositase en su destino, fuera el que fuese. Se impulsó con las piernas y notó cómo a su alrededor el agua batía furiosa. Intentó caminar. Sorprendentemente sus pies rozaron arena, y Kalaziel cayó de rodillas en mitad de una playa.

Se levantó como pudo, tras dos intentos, resbalando en la arena mojada en el primero. Gritó. Aún notaba el Río, tirando de él, queriendo llevarlo. No se dejó ir, pero tampoco cortó la conexión. La energía, la magia, llenaba

todo su ser y se escapaba en pequeños regueros para mantenerla.

Kalaziel caminó por la playa, las plantas de sus pies se hundieron en la arena cuando una pequeña ola lamió la orilla. Tras una docena de pasos empezó a oír un latido, fuerte, el retumbar de un trueno y la voz de Caracal, amortiguada. Miró a su alrededor, intentando localizar la fuente del sonido. En medio del mar se alzó una mano gris, con tres dedos prácticamente deshechos. La mano gesticuló, perdiendo varios cachos más y el agua del mar se separó, poco a poco, como abriendo un camino para la diosa.

Él echó a correr, no esperó a que se acercase el peligro, y mientras corría, mandó más energía a la formulación, notando el típico tirón de la corriente. Se impulsó con sus piernas con todas las fuerzas que le quedaban y...

Salto. Kalaziel está en medio de un bosque, los árboles se doblan hacia fuera como si hubiesen sido víctimas de una explosión, las ramas agitándose ante un viento que parece venir de todas las direcciones. Tres, cuatro, cinco pasos y...

Salto. Sus pies se resbalan al intentar apoyarse en la dorada superficie de la duna de arena donde aparece y cae rodando, aunque consigue frenar su caída en el último momento, levantándose, usando el propio impulso de la caída y da dos pasos hacia delante antes de...

Salto. La tormenta azota la pequeña isla flotante donde se encuentra y Kalaziel se agarra como puede al árbol más cercano. En la distancia flotan más islas de roca y tierra y vegetación y cascadas de agua infinitas que rompen el

camino de las gotas, ardiendo en llamas súbitamente con cada rayo que se estrella contra ellas, apagándose por la lluvia, el viento y la violencia de la tormenta casi tan rápido como se han encendido. Detrás suyo puede sentir los ojos de la diosa, buscándolo.

Salto.

Kalaziel flota en el aire, cayendo en picado hacia un bosque que cada vez se acerca más.

Salto.

A su alrededor cientos de girasoles cubren el terreno, solamente una de las personas que está cosechando las pipas de las plantas, una niña de no más de nueve años, lo ve llegar e irse.

Salto.

Una montaña partida en cinco trozos que se parecen a dedos se alza enfrente suyo.

Salto.

Un pequeño claro en un bosque de amapolas le rodea, cerrándose por momentos.

Salto.

Caracal susurra su nombre y parece estar en todas partes, pero él sabe que aún lo busca, que aún no sabe dónde está.

Salto.

Le duele la cabeza, no sabe cuánto tiempo más aguantará, su cuerpo se nota pesado, salto, la piel insensible hasta el punto de no notar el daño causado por una enorme columna de vapor que surge del suelo, salto, le falla una pierna, se tropieza y cae de rodillas, salto, las

manos remueven el fondo de barro y lodo del lago, la charca o el río donde se encuentra, salto.

Una vez más, quizás, una vez más, se dice. Las agujas de fuego lamen la punta de sus dedos y su presencia duele más que sus heridas. Uno de sus anillos con la cadena que lo sujeta al brazalete, una de sus protecciones, se desmenuza y desaparece como si nunca se lo hubiese puesto, la única prueba de ello las tres argollas de la cadena que quedan aún sujetas al brazalete.

Salto.

Cuando abrió los ojos no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. El lado izquierdo de su cara le dolía más que cualquier otra parte de su magullado cuerpo. Al intentar abrir la boca la piel del lado izquierdo de la cara mandó una oleada de dolor. La notaba hinchada, en carne viva. Un vago recuerdo de una columna de vapor surgiendo de entre las grietas del suelo afloró a su mente.

Tenía suerte de estar vivo.

No se sentía como una persona con suerte. No sólo el lado izquierdo de la cara parecía dañado, sino que su mano izquierda y parte del brazo también presentaban un dolor similar. Si respiraba con profundidad notaba un pinchazo en ambos lados del pecho y estaba bastante seguro de que, en algún momento, no sabía exactamente cuándo, se había torcido el tobillo derecho y, aunque no creía que estuviese roto, le dolía aún sin apoyar peso sobre él.

Pero estaba vivo.

Se empezó a mover lentamente, con delicadeza, poco a poco moviendo los dedos de los pies, los tobillos, las piernas. Luego las manos, muñecas, doblando los brazos y rodando los hombros. Poco a poco su cuerpo volvió a responder. Con el control, la sensibilidad y el tacto vinieron también nuevas ráfagas de dolor intenso, pero era algo familiar. En el meñique de su mano izquierda le pareció notar un ligero temblor. Si no hubiese llevado sus anillos, las agujas de fuego habrían destrozado esa mano.

Kalaziel miró a su alrededor. El sol entraba en la gruta por varios agujeros en la piedra, mandando su luz en columnas que le daban a la cueva un aspecto casi regio. Dio un paso en dirección al agujero que más grande le pareció y estuvo a punto de caerse al apoyarse en su pie derecho. Convocó su bastón y se sirvió de él para cojear hasta la abertura. Era lo suficientemente grande como para salir.

Con cuidado, Kalaziel tanteó, la euforia de conectar con el Río, de lanzar la formulación y empezar a levitar lentamente le hizo sonreír. En pocos momentos había salido de la gruta y se lanzó contra el borde del agujero, agarrándose como pudo con mano y bastón, cortando la formulación antes de descubrir cómo de débil estaba después del accidentado tránsito. No sabía ni siquiera cuánto tiempo había pasado. Era mejor no arriesgarse.

El paisaje fuera de la cueva era increíble, dominado por suaves colinas que parecían un mar verde en calma que ha sido congelado en el tiempo. Aunque los árboles y arbustos eran abundantes, no obstaculizaban la vista ni el

paso. Por encima suyo un agradable e intenso azul cubría el cielo, roto tan sólo por una enorme línea que lo atravesaba de horizonte a horizonte, partiendo el firmamento en dos.

Había estado allí antes. Nahira. Uno de los paraísos de la Constelación, una verdadera joya natural. No sería un mal lugar en el que vivir si no fuese por la sangre derramada y la que se derramaba en aquel sitio, como otros tantos, de continuo. Kalaziel había participado en varias cosechas allí en Nahira, y cada cual le traía peores recuerdos, ahora que cuando echaba la vista atrás detestaba cada vez que había quitado una vida para los dioses. Por los dioses.

Con los dioses.

De alguna manera se había conseguido deshacer de Caracal. Al menos durante un tiempo. Si no hubiese sido así, estaría muerto o preso. Sobre todo, teniendo en cuenta que debía de haber estado bastante tiempo inconsciente. El suficiente, como poco, para que la diosa lo alcanzase, si es que aún tenía su rastro. La conclusión lógica, por el simple hecho de que seguía vivo, y libre, era que había conseguido desaparecer. Durante un tiempo.

Se obligó a recordar lo que sabía de Nahira. No era un lugar afiliado y, hasta la fecha, ningún dios había establecido su vivienda principal allí, aunque todos lo visitaban con cierta frecuencia. Era una encrucijada, donde acaban muchos caminos, pero también empiezan otros. Ninguno de los Círculos estaba protegido, en aquel lado, aunque todos los caminos de entrada sí que fuesen

vigilados. Pero él ya estaba dentro. Tan sólo tenía que encontrar el Círculo adecuado.

Rápidamente determinó la dirección en la que tenía que viajar y se puso en marcha. Cada día viajaba todo lo que le permitía su cuerpo, parando solamente para encontrar algo que comer y beber. Por suerte Nahira era un lugar generoso, y Kalaziel había pasado tiempo en aquella zona, o una muy parecida, así que no le resultaba difícil poder identificar aquellas plantas comestibles o encontrar fuentes de agua potable. Todo allí estaba limpio.

Al final del día, antes de irse a dormir, utilizaba un fino reguero de energía para alimentar una sencilla formulación sanadora que le permitía reparar el daño físico causado por el abuso al que sometía a su cuerpo. Agotado se acurrucaba donde podía y dormía, a veces soñando, a veces sufriendo pesadillas hasta que se despertaba agitado en mitad de la noche, sin poder volver a dormirse de nuevo hasta que no había conseguido desterrar de su mente el sueño.

Aunque sus poderes le dejaban establecer la dirección del Círculo más cercano que le llevaría a Zemye, nunca había aprendido la formulación, si es que existía, que le permitiese determinar la distancia exacta que había de recorrer, así que Kalaziel viajaba por las suaves colinas sin saber cuánto camino le quedaba por delante.

Los días se mezclaban unos con otros y cada vez era más difícil distinguirlos. Habría sido fácil dejar que su mente vagara, ensimismarse y pensar en cualquier cosa mientras su cuerpo funcionaba y se movía

automáticamente. No obstante, no se lo podía permitir cuando, en cualquier momento, podía tener que luchar por su vida. El agotamiento físico que pudo sentir durante aquellos días no era tan malo como el agotamiento mental.

Fue quizás en la segunda o tercera semana que Kalaziel viajó por Nahira que vio los primeros relámpagos en el horizonte. Estuvo a punto de perderselos. No los contó, pero debieron ser, al menos, diez o doce, y cruzaron la línea del horizonte, de lado a lado, en rápida sucesión, como los golpes de un tambor de guerra cuando el conflicto es inminente. Unos segundos más tarde los truenos que los acompañaban llegaron a sus oídos, mezclados y entrelazados hasta que fue imposible diferenciarlos. Retumbaron alrededor suyo como un único y enorme golpe que le hizo temer durante un momento que la tierra se partiese en dos y se abriese bajo sus pies.

Su primer instinto fue darse la vuelta y salir corriendo.

Otra descarga cruzó el cielo, se hincó en una colina y rebotó en otra dirección, dejando claro qué era lo que estaba pasando. Había un combate. Justo en la dirección en la que viajaba él. En la dirección en la que estaba el Círculo o, quizás, en el mismo Círculo. Era imposible saber quién estaría combatiendo, pero podía suponer una oportunidad para él, una ocasión de deslizarse, entre el caos y la destrucción, y acceder a su objetivo sin ser reconocido.

Se preguntó si merecía la pena el riesgo, si no sería mejor ocultarse, esperar varios días, o semanas, hasta

que la batalla acabase y entonces intentar viajar. Pero ya había perdido mucho tiempo. Era posible que en aquellos mismos momentos Caracal estuviese ya en Nahira, buscándolo. O que estuviese a punto de encontrarlo. Ambas posibilidades eran igualmente aterradoras. No podía enfrentarse a ella y ganar. No en solitario.

Avanzó un par de pasos, tentativamente, hacia el campo de batalla. Extrañamente, las ganas de participar que, tiempo atrás, habría sentido, no afloraron. Solamente estaba cansado. Su mente parecía estar estirada en tantas direcciones que a veces le costaba encontrarse a sí mismo. Había matado por los dioses. Había matado por él, por su libertad. ¿Qué haría si le capturaban, o si Caracal le alcanzaba?

Cuanto más cerca del campo de batalla se encontraba, más fácil era para Kalaziel notar los intercambios mágicos, los ataques, contraataques, defensas, ambos lados tejiendo precipitadamente, desesperadamente. Avanzó hasta casi poder ver las figuras que se movían por la colina central, donde varias columnas rodeaban el Círculo, cuya base ni siquiera había sido elevada, sino que consistía tan sólo en una amplia zona de piedras unidas en patrones geométricos, cuyos espacios dejaban crecer la hierba de una manera que complementaba el dibujo.

Más allá, al otro lado, un pequeño campamento cuyas tiendas de campaña le resultaron extrañamente familiares intentaba resistir los repetidos ataques de Caracal, que se alzaba en medio del Círculo como la furia de una tormenta. Y, sin embargo, podían verse los daños que había sufrido, ya fuera por los ataques que habían

penetrado sus defensas o por los excesos que hubiera realizado a la hora de tejer.

Su mente retornó a la pregunta que se había hecho antes y la respuesta fue tan evidente que le sorprendió. Había quitado vidas para lograr su propia libertad. Quizás llegaría un momento en el que le tocaría dar su vida por esa misma libertad. Morir para ser libre, cuando el resto de sus opciones le fuesen arrebatadas. Una vez más se sorprendió a sí mismo al descubrir que estaba dispuesto a ello. Quizás no llegaría ese momento. Quizás sería capaz de pasar desapercibido, acercarse lo suficiente al Círculo como para conectar con éste sin que nadie le detectase, aunque sabía que estaba dispuesto a morir por ello.

Con ese pensamiento se puso en marcha, un oscuro espejo de los movimientos de la diosa en dirección al campamento, cuyos integrantes se habían dispuesto en un clásico patrón defensivo en el centro. Kalaziel había estado muchas veces en un patrón similar, resistiendo las embestidas mágicas de uno u otro atacante.

Rodeó la última colina y, justo cuando entraba en el área de influencia del Círculo, lo suficientemente cerca como para dejarse llevar por el tránsito, los vio. Sus libres. En mitad del campamento. Intentando resistir contra Caracal y, quizás, con una oportunidad de conseguirlo. Sorprendido observó las corrientes de magia, flotando en el aire, anticipando por un momento la formación de una u otra energía. Podía ver quién manejaba qué, podía ver la experiencia y práctica de Caracal, que luchaba como cien tejedores, tanto en poder como en habilidad.

Podía ver que Devs, su mejor amigo, estaba a la cabeza de la formulación de defensa, dirigiendo la magia como si fuese una enorme orquesta.

En otra vida, quizás, se habría planteado tocar el Círculo y aprovechar la distracción de la diosa con los libros para escapar. Sería limpio y rápido. Nadie lo sabría jamás. Pero en aquel momento lo único que se le ocurrió es que su gente le necesitaba. Y que estaba en una posición única para ayudarles. Lentamente, con suavidad, convocó su bastón y comprobó sus protecciones, los anillos y brazaletes, la energía y mitigadores escondidos en su túnica. Dio dos pasos al frente, posicionándose justo detrás de Caracal.

Se concentró, dividió la atención de su mente y empezó a preparar varias formulaciones. La primera que lanzó le permitió, brevemente, transportar el sonido de su voz hasta los oídos de Devs. Le saludó y, sonriendo ante la sorpresa que se reflejó en el rostro de su amigo, procedió a decirle lo que necesitaba. Rápidamente, con la eficiencia que le caracterizaba, Devs dividió a su gente en varios grupos, y les impartió las instrucciones necesarias.

La diosa pareció darse cuenta, ralentizando sus pasos y mirando de un lado a otro del campamento. Kalaziel se agachó todo lo que pudo, y empezó a recoger y dar forma a los hilos que fueron tendiendo su gente desde el campamento. Poco a poco recuperó sus fuerzas, su magia, la sensación de poder fue intensa después de tantos días solo. Kalaziel levantó su bastón y dio un paso en dirección a Caracal, pero no antes de que esta localizase el origen

del cambio en la estrategia de sus presas y girase la cabeza, solamente la cabeza, en dirección a él.

La diosa sonrió y con un crujido el resto del cuerpo acompañó el movimiento.

Con un aire relajado, Caracal movió lo que quedaba de su brazo, deshecho por haber usado demasiada energía, y desvió el primer ataque de Kalaziel. El segundo se estrelló contra el hombro opuesto y arrancó un trozo de la piedra que era vehículo de la diosa y le hizo trastabillar. El tercer ataque del tejedor nunca llegó a ser lanzado. La zona donde estaba de pie, bastón en mano, se hundió ligeramente y luego salió despedida.

Kalaziel voló por el aire y solamente tras una enorme cantidad de magia fue capaz de estabilizar su caída y apoyar sus pies de nuevo en el suelo. A través de la conexión con su gente pudo sentir cómo varios tejedores soltaban la formulación, demasiado cansados como para seguir canalizando. Esperaba que fuese cansancio. La alternativa era mucho peor.

El duelo se aceleró. Los dos intercambiaron golpes, llamaradas, rayos de luz. A veces la diosa atacaba directamente a Kalaziel y otras veces lanzaba su furia contra Devs y el resto del grupo, que se protegían como podían con su ayuda.

Caracal soltó un grito de frustración y la tierra misma retumbó, como haciéndose eco del enfado de la diosa. Una lluvia de llamas lamió los pies de Kalaziel, que apenas

pudo esquivarlas, desviarlas y apagarlas. De entre el fuego avanzó su oponente, envuelta en luz azul, que pulsaba como si fuese un corazón de energía. Todo su cuerpo mostraba los daños que había recibido, casi no quedaba nada de sus brazos, la mitad izquierda de su cara se había borrado y su pierna derecha estaba a punto de perder su integridad.

Aun así, la diosa le sorprendió al avanzar hacia él, los muñones de lo que habían sido sus brazos en alto, desgranándose lentamente en gravilla y polvo conforme Caracal exigía a su dañado cuerpo el canalizar más y más energía. Un torrente inmenso que estuvo a punto de destrozar las defensas de Kalaziel y lo levantó en vilo, estrellándolo contra la columna más cercana, que se movió con el impacto. Las últimas protecciones mágicas se colapsaron para mantenerlo vivo.

Estaba sujeto. Completamente. No se podía mover. La fuerza que le mantenía en ese sitio era demasiado poderosa.

Caracal avanzó hacia él, cada paso lanzando otra ola de energía en su dirección. Pudo notar como la columna se resquebrajaba, se inclinaba hacia atrás, y él con ella. ¿Cómo podía haber pensado en derrotar a una diosa? Le dolía cada parte de su cuerpo, cada articulación que crujía bajo la avalancha de poder. No podía dejar que ella ganase.

Y entonces lo vio. Su bastón. A los pies de Caracal.

Kalaziel no lo pensó dos veces. Trajo toda su atención a una única formulación, el familiar escalofrío subiendo por sus extremidades, demandado algo que era suyo. Se

lo dio. Energía sin fin, ilimitada, un torrente que cruzó todo su cuerpo.

El bastón salió disparado hacia arriba y atravesó el pecho de Caracal, fijándose allí como si fuese parte de su cuerpo. Pero él no paró. Siguió mandando una cascada de la energía del Río, tejiéndola en la misma sustancia del arma y herramienta de la que se había valido tantos años. Su bastón empezó a vibrar mientras varios relámpagos recorrían las incrustaciones de cristal, que normalmente permanecían oscurecidas, mezclándose con la madera. Los canales del bastón comenzaron a desbordarse mientras vertía todo su ser, toda la fuerza del Río, en el cuerpo de la diosa que empezó a acusar el esfuerzo.

Cuando Caracal dio el siguiente paso en su dirección, una buena parte de la superficie de su cuerpo se deshizo. El segundo paso desintegró completamente una de sus piernas y la diosa cayó de rodillas.

– ¡Poco importa que destruyas este cuerpo, Kalaziel! Tengo otros con los que cazarte.

Kalaziel no respondió. Un poco más. Se dijo. Solamente tenía que aguantar un poco más.

– A ti o a los tuyos, si no sobrevives a este encuentro – añadió la diosa con una sonrisa.

Los anillos que Kalaziel llevaba en ambas manos saltaron por los aires, deshechos en mil pedazos por el Río. Empezó a notar las agujas de fuego, las puntas de sus dedos temblando ligeramente. Poco a poco movió una mano, solamente una, pues no tenía fuerzas físicas para más, y concentró la energía a través de ella. El brazalete que vestía en esa muñeca empezó a chisporrotear, con

cada relámpago de luz una pequeña parte desaparecía, convertida en vapor.

Kalaziel supo que iba a morir allí. Que su camino terminaba. Pero su sacrificio les daría una oportunidad a su gente, sus libres, para escapar. Ojalá la aprovecharan. Ojalá ningún otro dios les encontrase hasta llegar a Zemye.

Con la misma decisión con la que había empezado su pequeña revolución hacía tres años, el tejedor dejó escapar un grito mientras bebía toda la energía del Río que su cuerpo le permitía. El cuerpo de Caracal sufrió otra oleada de desintegración, incapaz de manejar toda la energía adicional que corría por su interior. Una enorme esfera de relámpagos empezó a formarse sobre ella, un último ataque, una última posibilidad de que sus libres murieran. Tenía que ser rápido.

Sintió cómo sus protecciones caían una detrás de otra, los brazaletes completamente destruidos, su túnica cayéndose a jirones. El dolor se multiplicó de una manera que no había pensado que fuera posible. Su mano derecha temblaba incontrolablemente, toda la sensibilidad de los dedos a la palma perdida para siempre. Era el momento. El último pedazo de su túnica, la última protección contra las agujas de fuego desapareció.

Kalaziel cerró sus ojos. Una última vez. Y los volvió a abrir inmediatamente, sorprendido cuando alguien le quitó el control.

Entre él y la diosa estaba Devs, una mano en el pecho de Kalaziel y otra agarrando el bastón.

–No es tu destino, viejo amigo.

Devs cortó la conexión de Kalaziel con el Río y este cayó al suelo, mirando impotente, sin poder moverse por el agotamiento físico. Su mano derecha seguía temblando. Temblaría para siempre, incapaz de controlarla, la especie de muerte en vida que era el precio por abusar de la magia.

El bastón brilló intensamente deshaciendo el cuerpo de Caracal.

Kalaziel pudo ver los resultados de las agujas de fuego por el cuerpo de su amigo. Primero perdió el control de sus piernas, con temblores al principio y cayendo al suelo cuando su alma fue sesgada de ellas. La diosa desapareció en una explosión que mandó los restos deshechos de la piedra de su cuerpo por todo el Círculo. Devs acabó tumbado, aún agarrado al bastón que estaba requemado y falto de varios trozos.

Kalaziel se puso de rodillas, gateando en dirección a Devs, pero pudo ver en sus ojos que ya era demasiado tarde. Su amigo intentó hablar, pero sus labios temblaban de esa manera tan característica de aquellos cuyo cuerpo ya no responde ante sus órdenes.

–¡No!

Devs levantó un dedo de la mano que aún podía mover.

–Por favor... –dijo Kalaziel–. No.

–No te lamentes. Muero libre –dijo la voz de Devs en su mente.

Con un gesto la mano de su amigo se iluminó con un brillo azulado que hizo que Kalaziel entrecerrase los ojos. Había tantas cosas que Kalaziel quería decirle. Incluso intentar convencerle. Que vivir así, aunque no fuera vivir,

podía merecer la pena. Que igual había una manera, aunque no la hubiese encontrado nadie en miles de años, de revertir los efectos, o curarlos, o recuperar el control a través de alguna formulación.

Finalmente, Devs tocó su pecho con la punta de su dedo y el brillo azulado saltó, un relámpago que se hincó con un estruendo en el cuerpo de su amigo, que quedó inmóvil. Sin temblar. Muerto.

Tardaron varias horas en juntar y quemar los cuerpos de todos los que habían muerto en la batalla. Kalaziel ayudó lo que pudo, cojeando de un lado a otro. Luego cayó dormido, tras depositar a Devs en una pira con los restos del bastón y decirse que solamente iba a descansar un poco. Cuando despertó prácticamente había anochecido y su gente había seguido su ejemplo, aquellos que habían podido dormir, y el resto se había congregado en pequeños grupitos donde permanecían en un silencio que era más sonoro que si hubiesen estado conversando.

El tejedor se balanceó hacia delante y se levantó, apoyándose como pudo en su mano, que temblaba arrítmicamente. De pie, la examinó, pasando sus dedos por ella, pellizcándose la piel. Apenas notó los pellizcos. Poco a poco, mientras Kalaziel permanecía de pie, el resto de sus libres lo fueron imitando, alzándose para ocupar sus sitios. Sus nuevos sitios. La reorganización fue silenciosa, apenas unas palabras fueron intercambiadas.

Esta vez la formulación salió muy despacio, con cierta tristeza. Los cánticos que cada tejedor usó, cada uno con su estilo, hicieron las veces de homilía por todos los que habían perdido. Por todos los que habían desaparecido sin rastro. Por todos los que debían seguir ahí fuera, intentando llegar a Zemye.

Por desgracia, no podían esperar, pues Caracal sabía dónde estaban. Con un poco de suerte, no podría seguirles.

Poco a poco Kalaziel dejó que la energía del Río conectase con su parte de la formulación, preparándose para el dolor, pero éste no llegó. Con algo más de seguridad, dirigió la formulación, su parte mezclándose con el resto de partes. Sintió como si su cuerpo flotase, como si todo lo que le anclase a aquel sitio fuera un fino hilo.

Se dejó ir.

La corriente lo arrastró, y tras él vinieron sus libres. Sus sentidos se desconectaron y, aun así, veía el camino que seguían, la curvatura de la energía, el sabor de libertad que se podía percibir en las aguas, reales o no, del Río. El tránsito fue corto. Apenas unos latidos antes de emerger al otro lado. De la noche a la mitad del día. De las extensiones de colinas que se mecían como el mar de Nahira a una planicie cuyos horizontes planos solamente se veían interrumpidos por una única montaña, prácticamente cubierta de nieve.

Las estaciones ciertamente eran diferentes en aquel sitio. El cambio de temperatura era lo suficientemente

grande como para que, en mitad del día hiciera más frío allí que en la noche de Nahira.

Kalaziel caminó varios pasos hacia delante, despejando la zona de detrás suyo, donde, poco a poco, fueron apareciendo su gente, sus libres, heridos, cansados, desesperados, pero con ese brillo de esperanza que tienen los que no les queda nada más. El Círculo al que habían ido a parar era más amplio, más grande que los que estaba acostumbrado a ver. Lo rodeaban las mismas columnas, aunque no eran exactamente iguales.

Éstas tenían venas de cristal que las cruzaban, formando pequeños regueros que subían y bajaban. Con cada persona que transitaba parpadeaban y parecían mandar energía que circulaba alrededor de ellos. Kalaziel se acercó a una de ellas, intentando ver la formulación que estaba inscrita en el cristal. Pasó la mano lentamente, pero el estilo, la manera en la que formaba la energía era tan diferente. Quizás... Quizás esta vez había salido bien.

–Es una pequeña invención que implementamos hace casi una generación. –La voz vino de detrás suyo, sorprendiéndole–. No somos independientes de manera casual.

Kalaziel se giró. Una mujer estaba detrás suyo. Vestía una túnica ceñida en la cintura, pero ancha en los hombros, cuyas mangas caían hasta el antebrazo antes de abrirse, dejando a la vista los brazaletes y múltiples anillos que llevaba puestos, unidos entre sí con finísimas cadenas que formaban un complejo entramado. Toda su ropa era gris. El color de los dioses. Una afrenta que no

habría sido tolerada ninguna parte. En ninguna otra parte, se corrigió.

–¿Estas formulaciones os protegen?

–Los dioses son... alérgicos a esta magia.

–Y por eso no viene aquí –dijo Kalaziel.

–Oh, vienen, no duran mucho, y luego mandan a sus seguidores. Nuestra independencia tiene su coste. Pero es mucho menor si los dioses no pueden alcanzarnos.

–Mi nombre es–

–Kalaziel. Lo sé. Hace un tiempo que te esperamos. A ti y a los tuyos.

A su alrededor, varias personas se habían acercado a su gente, dirigiéndolos a una u otra zona, gesticulando suavemente. No podía escuchar nada de lo que se decía, por la distancia. Levantando un poco la vista vio la primera torre, que hasta entonces había pasado desapercibida, o quizás, algo le había impedido verla. Diez torres rodeaban el Círculo. A diferencia de lo que estaba acostumbrado, estas torres eran más bajas, más anchas, más rudimentarias y estaban a más distancia. Y eran grises. De nuevo el color de los dioses.

La mujer simplemente miraba sonriendo. En la base de la torre más cercana aparecieron tres fuegos, alrededor de los cuales se fueron concentrando sus libres, siguiendo las indicaciones de las personas que habían salido de las torres. Una de esas personas caminó en su dirección. Era alto, con aspecto de guerrero o soldado y llevaba una capa blanca que poco hacía para ocultar la pesada armadura que llevaba debajo. Aquellas zonas de metal que quedaban al descubierto mostraban la típica filigrana de cristal de

los objetos Tejidos, aunque en este caso era más evidente, y no había sido disimulada para ocultar el poder del objeto.

Una luz palpitaba en esas venas de cristal, y en el pomo de la espada que llevaba al hombro. El guerrero se acercó a la mujer con la que él estaba hablando y le pasó una capa gruesa de color marrón.

–Gracias Gerd –dijo la mujer–. ¿Todo en orden?

–Todo lo bien que puede estar después de que hayan pasado por lo que han tenido que pasar.

Ella asintió y echó la capa por encima de los hombros de Kalaziel.

–Esta magia debilita a los dioses, y los vuelve vulnerables. Pero no indefensos. Aún deben ser derrotados cuando vienen. Y no hace nada por debilitar a aquellos que luchan por ellos, así que deberíamos irnos de aquí.

–Apenas escapamos. Vendrán a por nosotros –dijo Kalaziel.

–Siempre vienen a por los que intentan escapar. O a probar nuestras defensas, o, simplemente, cuando se aburren. Siempre luchamos.

–Yo no puedo –su voz se quebró a pesar de sus esfuerzos de mantenerla firme–. No quiero seguir luchando.

–Y aquí nadie te pedirá que lo hagas si no es lo que eliges tú. –La mujer tomó el brazo de Kalaziel–. Además, hay mucho trabajo, y muchas cosas para hacer que requieren de gran habilidad, y nada que ver con el combate. Tenemos muchos planes que llevar a cabo.

Kalaziel simplemente asintió, agotado. Se sentía como si tuviese el alma en carne viva, como si su mente simplemente estuviese sobreviviendo. Se resistía a creer que hubiese acabado. ¿Acaso era posible? Poco a poco, los dos avanzaron en dirección a la torre donde se congregaban el resto de sus libres, y empezó a ver las primeras sonrisas, los primeros gestos de alivio en sus rostros. Como un nudo de seda que se deshace lentamente, la tensión, invisible y pegadiza, se empezó a disipar, y fue como si el aire se limpiase y notase el calor del sol por primera vez en su piel.

La mujer sonrió, y en esa sonrisa pareció incluso más joven, aunque sus ojos contaban una historia diferente. Sus dedos, largos, adornados con esos anillos que Kalaziel esperaba no volver a vestir jamás, recolocaron la capa alrededor de sus hombros.

–Por cierto, no me he presentado –dijo ella– me llamo Yri.

Kalaziel pudo notar las primeras lágrimas que amenazaban con deslizarse por sus mejillas.

–Bienvenido a Zemye.



## CARTA DEL AUTOR



¡Muchas gracias por leer esta novela corta! Hasta la fecha, es una de mis historias favoritas en el mundo de la Constelación Rota. Espero que te haya intrigado, entretenido (y hecho pasar mal un ratico).

Puedes mandarme un correo a [david@davidolivanm.com](mailto:david@davidolivanm.com) para contarme qué te ha parecido.

Si tienes esta novela corta quiere decir que estás en mi lista de correo así que ten un ojo puesto en tu bandeja de entrada para todas las novedades.

Un saludo,  
David

David Oliván Malagón

## MIS OTROS LIBROS

El Glifo Espejo y otros relatos fantásticos